

**Las derechas en América Latina hoy:
identidades, organizaciones y acciones**

(Segunda versión)

Francisco Reveles Vázquez¹

Introducción

Hay partidos de derecha que están presentes en los países de la región desde hace mucho tiempo. Fueron parte esencial de sus respectivos regímenes políticos, y lograron legitimidad mediante pactos inter élites o gracias al voto de los ciudadanos, directo o indirecto pero mayoritario al fin. Sin embargo, la mayoría de estos partidos han sido superados por nuevas fuerzas o liderazgos que cuestionan su proceder, sus gobiernos y sus añejas identidades ideológicas. El objetivo de este artículo es caracterizar a estas fuerzas de derecha, tanto moderadas como extremistas, que se han destacado hace poco más de un lustro. Muchas de ellas participaron y tuvieron avances sustantivos en los comicios más recientes en la región e incluso conquistaron los principales cargos públicos en disputa. Si bien las identidades ideológicas no sólo se encuentran en partidos, en estas líneas nos remitimos a algunas de sus más importantes expresiones, la mayoría de ellas de carácter partidista.

En el inicio del nuevo milenio, parecía que la izquierda había desplazado a la derecha en América Latina. Sin embargo, entre 2003 y 2016, el conservadurismo perfeccionó su retórica, propuestas y perfiles para volver al poder. El retorno de la derecha al poder se explica por diferentes fenómenos: el desencanto por la democracia, en particular por los pocos beneficios sociales para amplios segmentos de las sociedades latinoamericanas a pesar de las promesas de los gobiernos progresistas o de izquierda; el fortalecimiento de fuerzas políticas de este signo ideológico, cada vez más aptas para la competencia electoral; la recesión de la economía estadounidense a raíz de los atentados de 2001; el impulso de la producción de materias primas en la primera década del presente

¹ Doctor en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de tiempo completo del Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Investigador Nacional nivel III del Sistema Nacional de Investigadores del CONACyT. Ha publicado diversos trabajos sobre partidos políticos, gobiernos y democracia en México y América Latina. Sus publicaciones más recientes son: “Gobiernos y democracia en América Latina: problemas de representación política en las democracias realmente existentes”, “Gobiernos y democracia en América Latina: ¿en la búsqueda de la igualdad social?” y “Gobiernos de izquierda y democracia en América Latina: participación, conflicto y confrontación”, todos ellos publicados por la UNAM y editorial Teseo en los últimos tres años.

siglo; y la aceptación del capitalismo por propios y extraños en la región (con la excepción de Cuba), permitió a los gobiernos progresistas mantener el poder.

Pero las crisis económicas internacionales afectaron las finanzas de gobiernos comprometidos con la reivindicación de la función social del estado y con políticas sociales amplias. Asimismo, aunque la democracia floreció en la región, el distanciamiento de las élites gobernantes hacia la sociedad se ensanchó cada vez más. Si bien es cierto que los gobernantes fueron electos por el voto ciudadano, sus decisiones y acciones no necesariamente fortalecieron a la forma de gobierno democrática. El activismo de las derechas renació, en no pocas ocasiones con el respaldo de los medios de comunicación masiva y con el aprovechamiento de las redes sociales digitales. El regreso de la derecha a partir de 2016 también está relacionado con la victoria de Donald Trump en los Estados Unidos. Un personaje con un perfil anti sistema, autoritario y con una retórica simplificadora que sedujo al electorado estadounidense, lo que tuvo su reflejo en los dos presidentes mencionados anteriormente (por sólo mencionar los casos más evidentes).

El estudio de las ideologías es un tema añejo en la Ciencia política y para las ciencias sociales en general. Es una forma de caracterización de los actores políticos de un sistema, es útil para la identificación de opciones electorales y para la definición de valores y prácticas políticas de las personas. En algún momento de la historia, hace cuarenta años aproximadamente, se aseguró que las ideologías habían muerto. Tal posición provenía de una corriente ideológica (el neoliberalismo) que buscaba construir una hegemonía y descalificar a sus contrarios. Por ello, las diferencias políticas entre los actores de la política no desaparecieron, sino que se transformaron de manera notable. Y hay quienes plantean su indiscutible relevancia en la actualidad (Piketty, 2019: 20-22).

Conviene señalar que las ideologías son formas de ver el mundo desde las cuales los sujetos asumen principios que determinan su comportamiento. A diferencia de las filosofías políticas, las ideologías se integran por valores y prácticas. El análisis del discurso no es suficiente en la explicación de un liderazgo, el estudio de un programa para la comprensión gobierno tampoco basta, si no es acompañado por el estudio de las decisiones, las políticas, los actos de quienes emiten tales discursos o de quienes formulan programas. Sus prácticas deben ser consideradas y estudiadas a detalle, para finalmente alcanzar una adecuada comprensión de sus fines y los alcances de su proceder político.

En estas líneas damos inicio a un trabajo de investigación más amplio sobre las derechas latinoamericanas. Por el momento, el lector encontrará una identificación de algunas de las fuerzas políticas más representativas de América Latina. Como se verá, su

caracterización es compleja por la posición que ocupan, ya sea en el gobierno o en la oposición. Pero su análisis es indispensable para comprender el derrotero de la democracia y las posibilidades que dicha forma de gobierno ofrece para el cambio político y especialmente para la mejora sustancial de la condición de vida de las personas.

Las derechas en la lucha y conservación del poder

Las ideologías son sistemas de ideas que expresan una determinada concepción del mundo. Con base en ellas se explica el comportamiento político del ser humano, por lo que contribuyen a legitimar, justificar o desafiar un determinado ordenamiento político, económico o social. Con frecuencia, cada ideología tiende a pensar que las otras son equivocadas, falsas o extrañas a los intereses sociales. Es entonces cuando las contradicciones llegan a manifestarse no sólo en el debate público, sino en confrontaciones en las que está de por medio la capacidad de socializar cierta ideología a toda la sociedad.² Las ideologías son identidades complejas cuyos componentes tienen una noción de verdad, donde por principio de cuentas hay diferencias entorno de quienes consideran que la verdad puede ser conocida solamente por un ser (o seres superiores) o por los sujetos con base en su propio raciocinio. Desde esta perspectiva, los referentes religiosos para entender la verdad son indispensables, y dejan en un plano secundario o irrelevante al conocimiento científico.

Las ideologías se distinguen también por sus concepciones sobre la naturaleza humana, donde hallamos básicamente la distinción entre aquellas que conciben al ser humano bueno por naturaleza y las que aseguran lo contrario. Las implicaciones de estos enfoques son sustantivas para la comprensión de la política: el ser bueno no tiene diferencias con sus congéneres, por lo que no requiere de ninguna autoridad para ponerse de acuerdo sobre algún asunto comunitario; por el contrario, cuando la naturaleza humana lleva a conductas que afectan a los otros, la búsqueda de acuerdos estimulará a formas de organización que implican estructuras de mando para el bien común.

En los sistemas de ideas que implican prácticas también hay diversidad respecto de las concepciones del estado y sus relaciones con el individuo y la sociedad. En primer término, son notables las divergencias entre quienes comparten la preponderancia del individuo sobre la sociedad, incluyendo cualquier tipo de autoridad. Sus contrarios

² Este apartado se nutre de diferentes referencias, principalmente de Macridis y Hulliung, 1998; Bobbio, 1996; y Eccleshall, 2011.

sostienen que no puede haber algo más relevante que la sociedad; que los individuos deben poner al bien común por encima de sus deseos y necesidades, porque, al final de cuentas, los beneficios sociales garantizan una vida mejor a las personas en lo particular. El estado como una autoridad política para tomar decisiones para el beneficio social constituye una postura muy presente en diversas ideologías, pero también subsisten aquellas que enaltecen el bien individual como algo imposible de pasar por alto en cualquier decisión de parte del estado o de cualquier autoridad.

La propiedad, la igualdad y la libertad son conceptos que perfilan las ideologías. Bobbio recurre a las dos últimas como las principales para distinguir izquierdas y derechas. Pero no debería soslayarse la noción de propiedad porque pese a su falta de presencia en los debates de nuestros días, constituye un elemento sustantivo del modelo económico que rige en determinado país. Las diferencias entre las identidades ideológicas se notan en las acepciones sobre la propiedad individual, estatal, colectiva o comunitaria. Hay quienes piensan que la propiedad individual es natural (que se obtiene por derecho propio, por herencia o por decisión de una autoridad política) y que no se puede modificar. Como contraparte, muchos la piensan como resultado de las contradicciones entre los individuos (en otras palabras, de la lucha o la explotación social). En medio de fuertes debates y contradicciones, lo que predominó en la práctica entre quienes formularon la idea de la propiedad social fue en realidad la de tipo estatal, donde el estado definió su utilidad y función en la sociedad. En paralelo, hay identidades que conciben la propiedad de carácter comunitario, más centrados en lo que sucede con ella en el ámbito local (en pueblos originarios o indígenas). Incluso en estas acepciones encontramos la preponderancia de la comunidad por encima del individuo y de cualquier autoridad estatal.

Respecto del tema principal que nos ocupa en este trabajo, la derecha es una identidad ideológica para la cual la libertad es el principio fundamental. Su noción de verdad tiene casi siempre fundamentos religiosos, por lo que es distante del conocimiento científico. La base de la sociedad es el individuo o la familia, por lo que sus intereses están por encima de los de la sociedad o el estado, incluyendo sus creencias religiosas. El estado debe ser garante de esa libertad, que se expresa en un conjunto de derechos civiles que constituyen el estado de derecho. La libre empresa y el derecho a la propiedad son elementos fundamentales en esta visión del mundo. El principio de autoridad es sustancial, por lo que el orden, la jerarquía y la meritocracia forman parte de su credo y de su proceder político. Una autoridad política fuerte es conveniente y hasta indispensable para ciertas visiones del conservadurismo. Y en ella encaja también el encumbramiento de líderes con

características excepcionales, sin los que es imposible el avance de la sociedad. Para estas visiones, La desigualdad social es natural, por lo que el estado tiene la responsabilidad de mejorar las condiciones sociales, sin menoscabo de los derechos naturales de todos los integrantes de la sociedad (entre los que se encuentra el de la propiedad).

En la actualidad, el espectro ideológico de las derechas se integra por el neoliberalismo, el neoconservadurismo y el neofascismo. Ningún partido o líder se ha dado a la tarea de construir un nuevo paradigma ideológico, por lo que en la arena política se ubican diferentes liderazgos, expresiones organizativas, y formas diversas de acción social o cívica, en las cuales se perciben este tipo de principios.

Las prácticas de la derecha se distinguen en los actores que pugnan por el libre juego de las fuerzas del mercado y su defensa a ultranza, por lo que decretan leyes y llevan a cabo programas de gobierno inscritos en esa línea. A partir de sus convicciones, descartan propuestas de otra índole, lo que los puede llevar a la intolerancia, la cerrazón y al uso de la violencia en contra de la disidencia. Aunque creen en la igualdad ante la ley, son proclives a la desigualdad no sólo en la dimensión social, sino muchas otras facetas de la vida humana, de modo que no ven positivamente el reconocimiento del derecho a la diferencia, es decir, en materia de igualdad de género o de derechos para la diversidad sexual. Las ideas religiosas dan sustento a muchas de estas posturas y al activismo de agrupaciones afines, como también a posiciones negacionistas en materias como medio ambiente y salud. Dichas ideas se vinculan con el uso de teorías conspiracionistas para explicar la política y todo tipo de sucesos que tienen que ver con la vida cotidiana del ser humano (Lipset y Raab, 1978). Hay gobiernos que han tomado decisiones con base en tales creencias, con consecuencias negativas para amplios sectores de la sociedad y para el mundo (es el caso de algunos de los gobiernos de grandes potencias internacionales).

Una premisa teórico metodológica a tomar en cuenta es que, como muchos otros conceptos propios de las ciencias sociales, las ideologías políticas se definen a partir de un contexto histórico en particular (Bobbio, 1996: 128-129). Si bien los conceptos ya señalados persisten para su caracterización, los contenidos de cada uno de ellos varían con el tiempo y con el contexto específico de un país o una región del mundo.

También conviene señalar que, pese a que la ideología es un concepto relacional, es decir, izquierdas y derechas son una dicotomía, ninguna de ellas puede ser definida a partir de lo que dice una de la otra. En otras palabras, la izquierda no es lo que asegura la derecha y viceversa. Ninguna tiene la verdad, sino que asume cierta concepción de la misma que guía su comportamiento.

En términos de tendencias ideológicas en el mundo, la caída del socialismo real en 1989 definió el comienzo de una etapa de hegemonía de valores y prácticas sustentadas en el capitalismo, y en específico en las que sostienen el neoliberalismo. Con una base económica fundamental, esta ideología trascendió hasta la política y la cultura de la mayoría de los países de Occidente. Muchos de los gobiernos fueron encabezados por fuerzas políticas de derecha que, ante la ausencia de una oposición de izquierda sólida, aceleró y profundizó los cambios dictados por las grandes potencias en el plano mundial. En paralelo, en varias regiones, en especial en Latinoamérica, se experimentaron procesos de democratización que fueron abanderados por este tipo de fuerzas políticas.

De hecho, ya fuese en solitario o en coalición, los partidos políticos cobraron protagonismo al recuperar o adquirir derechos que las dictaduras o los totalitarismos les habían negado. La democracia liberal salvaguardó la libertad de las personas para elegir a representantes que velaran por sus intereses en el ejercicio de gobierno. Los partidos fueron el vehículo para que esto ocurriera. Y ya en democracia, los que resultaron más votados por la ciudadanía fueron los de derecha y, en algunos casos, de izquierda moderada.

El predominio del neoliberalismo implicó la continuación del capitalismo con resultados negativos para la mayoría de la población, lo que se revela en los elevados niveles de pobreza y marginación social en diversas partes del mundo.³ Como complemento, la democracia liberal amplió la participación de los ciudadanos, sobre todo en el momento de la elección de los gobernantes. La democracia sirvió para desactivar el conflicto social al canalizar el descontento por la vía legal y pacífica, evitó la cancelación o restricción a la libertad al expulsar de las oficinas públicas a las fuerzas armadas, y posibilitó el arribo al poder de fuerzas políticas que estaban al margen del sistema o que lo habían buscado infructuosamente.

Con frecuencia se plantea que el neoliberalismo impulsó la democracia porque fue funcional a la persistencia del capitalismo. Con ello se olvida que la democracia es, antes que cualquier otra cosa, una forma de gobierno, no una ideología. Los responsables del ejercicio del poder se definen con la elección que la ciudadanía realiza en las urnas, una elección que en esencia implica una disputa por el poder político. Por ello no se reduce al momento electoral, sino que involucra un conjunto de elementos que intervienen en la conservación del poder. Definida la opción triunfadora, el ejercicio del poder político constituye la parte más extensa y probablemente la más relevante de la democracia. Y la

³ Para América Latina y el Caribe, para constatar esta situación basta con revisar los documentos intitulados como Panorama Social de América Latina, que se publican cada año en el portal correspondiente.

fuerza política electa asume dicho ejercicio con base en su identidad ideológica, con la cual coincide (de una u otra manera) la mayoría del electorado. En suma, la democracia brinda la posibilidad de que una fuerza de derecha o una de izquierda asuman el poder político. No es responsable de que una u otra apliquen un modelo económico en particular.

Después de las dictaduras militares o los regímenes autoritarios, los gobiernos civiles se dieron a la tarea de reconstituir la democracia y fortalecerla. En paralelo, también finalmente les correspondió instrumentar las políticas neoliberales, dado que no había más alternativas. En todo caso, quienes las tenían, no lograron sumar el apoyo electoral suficiente para tomar el poder. Lo consiguieron posteriormente, cuando los gobiernos post dictadura demostraron su incapacidad para asegurar el bienestar social. Y cuando fue evidente que las consecuencias del modelo neoliberal siguieron siendo perjudiciales para la mayoría de la población (Piketty, 2019).

El electorado decidió dar respaldo mayoritario a nuevas fuerzas políticas, que se definieron como de izquierda o progresistas, las cuales impulsaron un modelo neodesarrollista (Aranibar y Rodríguez, 2013). De hecho, plantearon nuevas identidades ideológicas que abarcaron no sólo la dimensión política. Se definieron como socialismo del siglo XXI, estado plurinacional, política del vivir bien y revolución ciudadana. Al lado de ellos estaba el socialismo cubano, en medio de un proceso de cambio pero sin alterar ni su régimen político ni su horizonte de futuro (Arreola, 2022). En esencia, estos gobiernos recuperaron la función social del Estado, a quien le adjudicaron la responsabilidad de redistribuir la riqueza. A diferencia de los preceptos principales del neoliberalismo, que basan su convicción en que el bienestar llegaría por libre juego de las leyes del mercado, los progresismos reiteraron el papel decisivo del estado en el bienestar de la sociedad.

Muchas de las directrices del neoliberalismo (el conocido como Consenso de Washington) fueron desechados por estos gobernantes, lo que desató una polémica con las élites y los partidarios de los mismos. La ortodoxia neoliberal fue cuestionada por una política alternativa. Progresista porque no era (ni es) anticapitalista, ni planteaba una reestructuración total del modelo económico, ni una revolución que implica el cambio estructural de las sociedades. La aceptación de las reglas generales del capitalismo era parte de su credo, pero rechazaron que el estado se deslindara de las precarias condiciones de vida de millones de personas en la región.

Los cambios económicos fueron acompañados por un discurso crítico hacia las élites y los partidos que gobernaron previamente, ya bajo las reglas de la democracia. Este discurso antisistema, el tipo de fuerzas políticas, el estilo de liderazgo y las políticas sociales

instrumentadas por ellas provocaron resistencias, movilizaciones y conflictos en las sociedades de varios países. La confrontación escaló a niveles de violencia preocupantes, en buena medida alimentados por la radicalización de los discursos de algunos de los gobernantes. Pero no se recurrió a la revolución o a la represión sistemática (salvo en ciertas coyunturas y en algunos casos).

Los gobiernos progresistas, en general, vivieron un periodo de florecimiento en la primera década del presente siglo. Después, fueron afectados por las crisis económicas internacionales, lo que mantuvo su ímpetu, redujo las posibilidades de garantizar el bienestar social y generó una insatisfacción entre diversos sectores sociales. De este modo, las oposiciones se recuperaron, volvieron a la carga y promovieron un nuevo cambio político.

Como es evidente, la democracia no canceló la lucha por el poder, sino que dio la oportunidad de alternancia para la sociedad. Como se sabe, la sociedad no es un todo unitario, sino un conglomerado de sectores que tienen formas de participación diversas, con base en identidades múltiples a partir de las cuales hacen política. Quienes aspiran a la conquista del poder, o quienes pretenden conservarlo, mantienen una disputa constante en contra de sus adversarios. Una disputa que trasciende la dimensión electoral, pero que en democracia se realiza con base en reglas escritas y no escritas aceptadas por casi todos. Ello implica la exclusión de la violencia como recurso principal de confrontación y el reconocimiento de la diversidad de los intereses sociales.

Como es natural, los gobernantes han tratado de conservar el poder con base en la convicción ideológica de que su ruta es la única válida para la satisfacción de la sociedad. Varios de los gobiernos progresistas adoptan una estrategia protohegemónica, con el argumento de ser los auténticos representantes del pueblo. Y decidieron quedarse y excluir la posibilidad de un cambio. De ese modo, echaron mano de múltiples recursos para permanecer en el cargo, mediante la interpretación, modificación o creación de leyes adecuadas para ello. Es decir, siguiendo una ruta legal, que se puede realizar si se tiene la mayoría suficiente para legislar.

Tal postura, como era de esperarse, provocó la reacción de los opositores. De entrada, cabe señalar que las fuerzas políticas derrotadas por los progresismos no desaparecieron ni se sumaron a los nuevos gobiernos. Actuaban en espacios de poder local, ejecutivos y legislativos. Y como corrientes políticas de opinión, subsistieron también en la cultura política de sectores importantes de la población. De ahí que, llegado el momento, tuvieron la oportunidad de ganar en las contiendas electorales.

La estrategia de los gobernantes en contra de la oposición fue, en ciertos casos, de confrontación. La polarización surgió primero en los discursos y después en las calles, en el enfrentamiento físico entre los simpatizantes del gobierno y sus detractores. A favor del primero estaba el uso de la fuerza pública, mientras que los segundos se resistieron como cualquier otra movilización social de antaño. Las fracturas políticas se ahondaron en la pugna por el poder, sin que estuvieran de por medio cambios estructurales en las economías de las naciones. Pero el control de la toma de decisiones, de instituciones y de la formulación e instrumentación de políticas fue la causa fundamental de la confrontación. Ello involucró a partidos, grupos empresariales, iglesias, organizaciones y movimientos sociales, además de entes extranjeros, como gobiernos, organismos de derechos humanos e instituciones financieras.

Las derechas hoy: una caracterización inicial

Después del ascenso de varias fuerzas políticas de izquierda al poder, a principios del siglo XXI, se experimentó el resurgimiento de las derechas. De hecho, algunos de esos gobiernos progresistas invocaron a estas fuerzas en su contra al usar un discurso de polarización y al identificarlas como los “enemigos del pueblo”. Como tales, constituían un sujeto que estaba en contra de las políticas progresistas y que solamente buscaba velar por sus propios intereses. Que se sentían afectados en sus valores, costumbres, propiedades o cotos de poder, y que su reacción, resistencia u oposición era de enojo. O de revancha, cuando volvieron a instalarse en las oficinas públicas. Sin embargo, este mismo comportamiento se nota si las izquierdas se sienten afectadas en sus intereses, de modo que ello no define necesariamente su identidad ideológica.

Lo cierto es que hubo un resurgimiento de las derechas y, por lo tanto, una transformación de sus identidades específicas, acorde con los tiempos. En términos generales, entre las derechas se pueden identificar dos tendencias, una moderada y otra extrema. Ambas coinciden en lo siguiente:

- 1) Aceptación del capitalismo y del modelo neoliberal.
- 2) Respeto a la democracia liberal, salvo cuando está de por medio la libertad individual.
- 3) Defensa del libre mercado, la inversión privada y la propiedad.
- 4) Reivindicación del nacionalismo en materia de inmigración.

- 5) Promoción de valores tradicionales en educación y cultura, basado en la defensa del individuo y la familia.
- 6) Partidarios del orden, la jerarquía y la autoridad.
- 7) Cercanía con Estados Unidos o potencias afines para la conservación del poder.
- 8) Limitado reconocimiento a los derechos de la diversidad sexual y de género.
- 9) Limitada conciencia ecológica.⁴

El factor internacional es sustantivo, porque en términos de estrategias, estas fuerzas coinciden en su cercanía con el gobierno de Estados Unidos, ya sea como referente ideológico, socio comercial o sostén político (incluso militar) del mismo régimen. No hay que olvidar el decisivo papel de EU en la historia de la mayoría de los países latinoamericanos. Esta influencia continúa, pese a que hay un nuevo juego de fuerzas políticas en el cual también participan Rusia y China.

Las derechas difieren en cuanto a los siguientes temas:

1. Respecto al desigual beneficio generado por el capitalismo, los moderados reconocen la necesidad de brindar atención a los sectores sociales más necesitados, a partir del éxito económico que un país alcance, como resultado de una serie de políticas de promoción de la inversión privada, nacional o extranjera. La ultraderecha, por su lado, tiene la firme convicción de que el crecimiento económico solamente puede basarse en los emprendedores privados del mismo país. Con ello, los beneficios serán producto del esfuerzo y el trabajo de los propietarios, que llevarán a los individuos en general a superar sus precarias condiciones de vida. La complicada condición social tiene causas naturales, de ahí que resulte difícil (para los moderados) y hasta imposible (para los extremistas) lograr su eliminación.

El neoliberalismo trató de desprenderse de su responsabilidad social, pero los conflictos se incrementaron. Las demandas de mayores beneficios sociales provocaron que inclusive los gobiernos de derecha, en principio contrarios al asistencialismo, mantuvieran y en ciertos casos incrementaron los presupuestos de las transferencias económicas directas. La ultraderecha se deslinda de tales políticas y por supuesto de su universalización. Sin embargo, para cualquier gobernante es difícil quitar estos “privilegios” sin generar malestar entre los afectados. Por ello, no pocas políticas han perdurado en los gobiernos

⁴ Nuestra caracterización está en deuda con las aportaciones de Velasco, 2016, Traverso, 2018, Ramírez, 2008 y Middlebrooke, 2000.

conservadores, pero con un sentido diferente al que le da el progresismo.⁵ Por otro lado, no debe olvidarse que brindar beneficios directos a la población genera una respuesta positiva hacia el gobierno, lo que puede redundar en respaldo electoral. De ese modo, el clientelismo del que se acusa especialmente a los populismos se practica hasta por los gobiernos de extrema derecha. En el último de los casos, las derechas saben que las transferencias económicas son un recurso que sirve para disminuir las desigualdades únicamente en el largo plazo.⁶ Es decir, es una política que no trastoca los fundamentos del modelo económico.

2. La democracia representativa es una forma de gobierno aceptada por todos los actores políticos y sociales en la actualidad. Es un avance sustantivo en la región pese a las dificultades que surgen eventualmente. Latinoamericana no ha padecido nuevas dictaduras militares (aunque sí regímenes autoritarios encabezados por civiles).⁷ La lucha por el poder se resuelve en clave electoral. Las normas escritas tienen mayor aceptación, y se generan o se siguen reglas no escritas mediante la negociación entre los distintos actores. Las derechas, de hecho, se comprometieron con el fin de los regímenes autoritarios o totalitarios al aceptar la democracia. El gradualismo fue un recurso bien utilizado por élites políticas de varios países, lo que dejó una herencia difícil de arrancar en naciones como Chile o México. En otros casos, el reconocimiento de la democratización de parte de los gobernantes autoritarios ocurrió sin fracturas sociales de por medio.⁸ Podría afirmarse incluso que la democratización resolvió las fisuras recientes de 2019 en Bolivia, Chile o Ecuador.⁹

⁵ Es el caso de los gobiernos de Sebastián Piñera en Chile. Asimismo, se debe considerar la continuidad de las políticas sociales a lo largo de distintos gobiernos de izquierda y derecha en Brasil y la instrumentación de tales políticas por parte de gobiernos neoliberales de diferentes partidos, como en México.

⁶ Esta explicación es frecuente en análisis sobre los gobiernos mencionados, aunque no hay investigaciones recientes publicadas que corroboren dicha aseveración por completo y en todos los casos. Pero vale la pena retenerla como hipótesis.

⁷ Aquí se tiene que ubicar los gobiernos de Nicolás Maduro en Venezuela y Nagib Bukele en El Salvador. Daniel Ortega en Nicaragua y Bolsonaro en Brasil tuvieron carrera militar pero sus gobiernos no están integrados exclusivamente por dicho sector. Mención aparte merece el importante cambio ocurrido en Cuba, donde por primera vez desde 1959 el presidente no proviene de las fuerzas armadas.

⁸ En México, el PRI no reaccionó con violencia ante el triunfo del derechista Partido Acción Nacional. Y ni PRI ni PAN ha convocado a una revuelta o golpe de estado contra López Obrador en la actualidad. Incluso aceptando que hayan recurrido a la estrategia del golpe de estado “blando”, esta no implica la violencia per se, ni la instauración de un gobierno dictatorial o de corte militar.

⁹ En Bolivia, el conflicto poselectoral forzó a la renuncia del presidente Evo Morales, para que en la reposición del proceso su partido volviera a ganar la presidencia. En Chile, la explosión social fue desactivada por actores institucionales con la promesa de una nueva Constitución, que implicó una asamblea constituyente y un referéndum (o sea, recursos propios de la democracia). En Ecuador, las poderosas movilizaciones de

Significativamente, la mayoría de las derechas siguieron el camino trazado por la democracia para conservar, conquistar o reconquistar el poder. Eso no significa que estén exentas de utilizar recursos autoritarios para hacerlo. De hecho, su responsabilidad es grande en la reaparición de formas autoritarias de regímenes políticos (Diamond, 2016: 112-113). Aunque con frecuencia se habla de la derecha como un todo unitario, lo cierto es que existen diferentes corrientes que no necesariamente actúan de manera conjunta. De hecho, el divisionismo ha sido la causa principal del fracaso de la oposición conservadora en Venezuela, cada vez que ha tratado de superar al Partido Socialista Unificado de Venezuela en contiendas electorales o cuando trató de activar la revocatoria de mandato en contra de Nicolás Maduro. Las diferencias en las derechas chilenas impidieron la continuidad del mismo personaje en la presidencia por dos periodos. También una oposición francamente dividida dio lugar a la recomposición de fuerzas en Ecuador, dando la oportunidad a la Alianza PAIS para encumbrarse durante diez años. Posteriormente, la fractura en esta fuerza gobernante generó nuevas oportunidades para las derechas, que volvieron a ocupar los cargos públicos.

Los procesos electorales han sido el recurso principal en la competencia por el poder político para las derechas. De ese modo, han ganado elecciones presidenciales en Chile (Sebastián Piñera en dos ocasiones discontinuas), Argentina (Mauricio Macri con el PRO), Ecuador (con Guillermo Lasso), Uruguay (con Luis Lacalle), Brasil (con el ultraderechista Jair Bolsonaro) y El Salvador (con el extremista Nagib Bukele).

Pero la lucha por el poder no se reduce a los procesos electorales. Las derechas han utilizado otros recursos legales disponibles para destronar a sus contrincantes, como los frustrados procesos de revocación de mandato contra Chávez y Maduro en Venezuela y contra Evo Morales en Bolivia, o procesos de destitución institucional como contra Dilma Rousseff en Brasil e incansable e infructuosamente en Perú contra Pedro Castillo Son raros y distantes en el tiempo los golpes de estado con intervención de las fuerzas armadas, como el que derrocó a Zelaya en Honduras en 2009, o el que intentó Lino Oviedo contra Juan Carlos Wasmosy en Paraguay en 1996. Con frecuencia, en estas acciones han coincidido con la participación de otras fuerzas que ocupan cargos en los poderes legislativo o judicial, con organizaciones de la sociedad o con sectores importantes de la ciudadanía. Las fuerzas armadas no iniciaron ni condujeron la resistencia contra Evo en 2019 después de los controvertidos comicios, y después de su renuncia se instaló un gobierno siguiendo las

trabajadores e indígenas llevaron al gobierno a echarse para atrás en sus políticas, con avances sustanciales en las formas de participación y organización “desde abajo” de estos sectores.

normas y con el objetivo de convocar a nuevas elecciones. Por otro lado, es cierto que las extremas derechas son más incisivas en sus críticas hacia los gobiernos progresistas o de izquierda y han echado mano de múltiples recursos que incluyen los medios de comunicación para la generación de una opinión pública decididamente opuesta al gobierno.

La crítica mediática es uno de los elementos que los analistas y algunos gobiernos sostienen para hablar del “golpe de estado blando”, como nueva estrategia de las fuerzas de extrema derecha para destronar gobiernos de izquierda. Esta estrategia es presuntamente maquinada por un actor sagaz, calculador, capaz de controlar, manipular o utilizar para su propio beneficio reglas, instituciones, actores, etcétera. En ella caben todas las acciones imaginables en contra de los gobiernos progresistas. Son utilizadas por sus enemigos de dentro o de fuera del país. Y donde no se promueven por iniciativa de entes extraños o extranjeros, cuando surgen de otros actores, tienen la capacidad suficiente para agrandarlas y manipularlas de acuerdo con sus fines. Como se aprecia, esta teoría es muy parecida a una conspiración, mediante la cual se pretende descalificar todo tipo de disidencia. Incluso expresiones como las potentes manifestaciones feministas fueron desvirtuadas por los progresismos, quienes negaron su legitimidad y sugirieron su manipulación por parte de los “conservadores” (como en México) como parte de una estrategia golpista.

De cualquier forma, es interesante resaltar que para esta especie de “golpismo moderado” de hoy (comparado con los cruentos golpes militares de un pasado no tan lejano), es que para sus promotores es necesario el acompañamiento de la sociedad (mediante amplias movilizaciones sociales y un masivo activismo cibernético). Con ello, mal que bien, se respeta uno de los preceptos de la forma de gobierno democrática, como es la participación ciudadana.

3. La acción social como recurso de confrontación y de lucha es parte de las formas de acción de ciertos sectores de las derechas. Más allá de teorías conspiracionistas, lo cierto es que cualquier gobierno enfrenta irremediablemente resistencias de múltiples sectores. Ningún partido, coalición o liderazgo es capaz de representar los intereses de toda la sociedad por tiempo indefinido. Incluso en regímenes con hegemonía de un partido, como en Cuba, la disidencia sale a relucir irremediablemente, para manifestar sus necesidades, carencias y reclamos.¹⁰ Hay

¹⁰ En Cuba se suscitó una extraordinaria protesta en 2021, que está bien documentada en el epílogo de Arreola, 2021.

regímenes que revelaron su espíritu neoconservador al endurecer sus posturas frente a la disidencia, y reprimieron o descalificaron movilizaciones de la oposición electoral o de la ciudadanía en particular (como en Venezuela en varias coyunturas, en Nicaragua en 2018 y 2019 y en Ecuador y Bolivia en 2019). Por otra parte, en sistemas políticos con gobiernos estables, recientemente hubo una conflictividad social inédita, como en Chile, donde también en 2019, la acumulación de contradicciones sociales y políticas llevó a la ciudadanía a las calles por causas olvidadas por los gobiernos moderados de izquierda y derecha. **Algunas corrientes de derecha han salido a las calles casi en el mismo nivel que la izquierda (como en Brasil en pro de la destitución de Rousseff o en apoyo a Jair Bolsonaro, en campaña o en el ejercicio de gobierno, o en respaldo a Ortega en Nicaragua), y han ocupado espacios de participación que en principio se abrieron a la ciudadanía en general (como las revocatorias de mandato en Bolivia o Venezuela, impulsadas en principio por Evo y Chávez, respectivamente).**

Con la consolidación de la democracia representativa resurgieron las fuerzas políticas que cuestionan desde la derecha a los gobiernos civiles y progresistas, que llegaron al poder sobre todo en la primera década del siglo actual. Entonces su acción trascendió lo electoral hasta llegar a las calles, a la usanza de los movimientos sociales. De hecho, se combinaron con organizaciones y movimientos con los cuales, en algunos casos como en Brasil en 2014, coincidieron en las demandas generales en pro de la satisfacción de necesidades sociales y de una más genuina participación democrática de la ciudadanía (como en las extraordinarias acciones cívicas de 2019 en varias naciones).

La movilización fue un recurso que comenzó a ser utilizado por los actores conservadores, dándole un cariz cívico a la acción social que incluyó a múltiples sectores sociales. En algunos casos, por iniciativa propia y en otros estimulados por la intervención de actores extranjeros, que aprovecharon las coyunturas críticas para intensificar los conflictos. Pero estos fenómenos, movilización cívica e intervención del extranjero, deben ser analizados por separado para no difuminar la definición de las identidades ideológicas en conflicto. Sobre todo, para no caer en la descalificación o negación de movimientos de resistencia legítimos.

A modo de conclusión

No es factible sacar conclusiones sobre los diferentes tipos de derechas en la región latinoamericana. Lo que sí se puede señalar es que su presencia se ha incrementado, particularmente frente a los gobiernos progresistas. En algunas ocasiones fue competitiva y destronó a sus adversarios. En tales luchas utilizó recursos enmarcados en la democracia representativa, a veces haciendo un uso irregular de las leyes, pero al final respetando las reglas de la conquista del poder: elecciones periódicas, competencia entre partidos, participación ciudadana en las urnas. También buscó aprovechar las reglas para echar de las oficinas públicas a sus adversarios, a veces torciéndolas en su propio beneficio, y en otras con base en su propia fuerza de representación política (en gobiernos locales o en el poder legislativo) para adelantar alternancias en el poder.

Las derechas abrevan de los idearios clásicos como el liberalismo, el conservadurismo e incluso el fascismo. Su sello distintivo es la defensa del modelo económico neoliberal, aunque en la práctica han aceptado no pocas de las políticas sociales que fueron instrumentadas por los progresismos. Sin embargo, hay diferencias de fondo en los valores que se reproducen al momento de formular e instrumentar estas políticas y todas las que corresponden a la gestión gubernamental.

Las versiones más extremistas de estas fuerzas han consistido en liderazgos de estilo populista, para quienes el regreso a formas de gobierno no democráticas es una opción viable. Su conservadurismo es más visible, de ahí que se hayan apoyado en los valores y en la feligresía de iglesias que practican un activismo político inédito. Y también es notable que hayan concitado un extenso apoyo social para políticas como la “mano dura” contra la delincuencia, evocando una supuesta eficacia de las dictaduras para garantizar el “orden público”.

También es importante señalar los visos de autoritarismo de algunas corrientes de derecha que han aprovechado (o tratado de aprovechar) movilizaciones o exigencias sociales para encarrilarlas al cumplimiento de sus propios fines: deslegitimar y, si es posible, derrocar gobiernos por una vía no democrática.

Sin embargo, vale la pena señalar que la acción cívica reveló el descontento de múltiples sectores, empezando por quienes vieron frustradas sus expectativas de gobiernos progresistas o de derecha que prometían demasiado y dieron poco. Las clases medias, producto en buena medida de las mismas políticas de los gobiernos progresistas, resintieron en primer lugar las consecuencias de las crisis económicas internacionales (sobre todo a partir de 2013). Estos estratos sociales se conjuntaron con otros grupos privilegiados o fuerzas políticas de suyo opositoras y con una tradicional postura de derecha. Y en algunos

casos, la agitación social fue estimulada y aprovechada por actores supranacionales para desestabilizar a los gobiernos, en aras de un cambio en el corto plazo. Cuba, Venezuela y Bolivia, los progresismos más radicales, padecieron este tipo de estrategias de sus contrarios.

Es necesario profundizar en el análisis de estas corrientes, particularmente las que han accedido al poder, para revisar cuáles son sus prioridades inmediatas y sus fines en el largo plazo. No hay que olvidar que, en medio de la lucha por el poder, están las condiciones de vida de millones de personas que en cualquier país de nuestra región viven al día, apenas con lo más indispensable, en una situación precaria que los marcará de por vida si los gobernantes no toman las decisiones imprescindibles para sacarlos de esa situación. Sean de derecha o de izquierda, esa es su más grande responsabilidad en la actualidad.

Fuentes consultadas

- Araníbar, Antonio y Benjamín Rodríguez (coords.) (2013), *América Latina, ¿del desarrollismo al neoliberalismo?*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores-PNUD, Cuadernos de prospectiva política, núm. 3, 422 p.
- Arreola, Gerardo (2021), *Cuba. El futuro a debate*, México: La jornada, 481 p.
- Bobbio, Norberto (1996), *Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus, 187 p.
- Diamond, Larry (2016), “Faces Up to the Democratic Recession”, en: Diamond, Larry y Marc F. Plattner (eds.), *Democracy in decline?*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 98-118.
- Eccleshall, Robert (2011), *Ideologías políticas*, Madrid: Tecnos, 256 p.
- Lypset, Seymour Martin y Earl Raab (1978), *La política de la sinrazón: el extremismo de derecha en los Estados Unidos 1790-1977*, México: FCE, 623 p.
- Macridis, Roy C. y Mark L. Hulliung (1998), *Ideologías políticas contemporáneas*, Madrid: Alianza Editorial.
- Middlebrooke, Kevin J. (2000), *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 391 p.
- Piketty, Thomas (2019), *Capital e ideología*, México: Grano de sal, 1215 p.
- Ramírez de Garay, Iván (2008), *El lenguaje de la derecha radical europea*, México, El Colegio de México, 409 p.
- Traverso, Enzo (2018), *Los nuevos rostros de la derecha*, Buenos Aires: Siglo XXI., 157 p.

